

PATERNAIN PERSONAJE DE GALMES

Las que siguen son parte de las palabras pronunciadas por el crítico *Alejandro Paternain* en el homenaje al narrador *Héctor Galmés*, que se realizara hace un tiempo en la Cátedra Alicia Goyena de Enseñanza Secundaria. Como el lector recordará, intervinieron también en el mismo —publicamos hace unas semanas lo sustancial de sus intervenciones— el editor *Heber Raviolo* y el narrador y crítico *Juan Carlos Mondragón*.



Recuerdo siempre una anécdota de **Paco Espinola**: estaba escribiendo y un personaje del bolche donde solía hacerlo venía y le preguntaba todo preocupado, "¿Yo voy a trabajar en esa obra?", y él le contestaba "Ah, sí, sí, usted va a trabajar". Pues yo puedo decir con enorme alegría, más que satisfacción, que yo he trabajado en algunas de las novelas de **Galmés**. Pero en este caso no importa tanto mi testimonio personal puesto que el propio **Héctor Galmés** se desdobra y él también trabaja como personaje; integra un trío de amigos, dos de los cuales estamos acá por inmensa fortuna; como narrador se desdobra y en ese trío de amigos se ve a él mismo, lo que es diríamos la manifestación de un dominio cabal, pues es muy difícil desdoblarse, sacarse un "yo" de adentro, y ver aquel muchacho que fuimos, y escribir no digo imparcialmente —porque no tiene sentido en este caso— pero sí escribir y crear una escena válida con personajes reales. Y en torno a los tres muchachos, **Héctor Galmés** coloca una formidable figura literaria, cultural, histórica, que existió, que nació en España en 1897, que participó en los conflictos de la Guerra Civil Española, que por republicano tuvo que exiliarse, que en México fundó una editorial de intensa y proficua labor (fue la Editorial Séneca); que posteriormente, en los finales de la década del 40 y comienzos de la década del 50 —época de formación de **Galmés** y mía también—, estuvo en Montevideo, dictó algunos cursos memorables, y tuvo un admirable, un paciente trato con esos tres muchachos que eran **Galmés**, un querido amigo que está aquí entre nosotros y quien le habla. Ese personaje, esa figura fue un gran escritor español: **José Bergamín**. Honda huella dejó **Bergamín** en la atmósfera cultural de los años cincuenta; honda huella en profesores ya formados como por ejemplo **Guido Castillo**, y mucho más piensen ustedes en muchachos de diecisiete o dieciocho años. Sufrimos el impacto de **Bergamín**. Yo no sé por qué razón o qué suerte tuve, en un día —"el día menos pensado", parafraseando el título del libro de cuentos de **Galmés**— nos encontramos conversando con **Bergamín**, y alguno de nosotros que tenía mucho más audacia, más capacidad para el contacto humano también, logró entablar relación con él y lo comprometió a vernos fuera de las clases que él dictaba en la vieja Facultad de Humanidades. Yo no salía de mi asombro y me parecía hasta mentira poder disfrutar de aquellas charlas; a los dieciocho años mis lecturas eran muy breves, escasas como se pueden imaginar; las de **Galmés** iban más lejos, era un extraño adelantado en esto. Ellos dos polemizaron. **Héctor Galmés** polemizó con **Bergamín** sobre Paul Valery. **Bergamín** decía que Valery a él no le gustaba, que era un hombre frío. A **Bergamín** no le gustaba nada que fuera francés, como nos dimos cuenta con posterioridad, y no sé



Alejandro Paternain, en un momento del homenaje a Galmés.

hasta dónde no dejaba de tener razón; por ejemplo, decía: "Gustavo Flaubert, 'Madame Bovary' una mala imitación de 'El Quijote'". Nosotros nos quedábamos pensando... Pero qué formativo era eso, porque nos obligaba a desarrollar nuestro pensamiento, a leer "El Quijote" (no a releerlo, sino a leerlo; no sé si todos los profesores, mis colegas, lo han leído completo... creo que no, lo que es imperdonable). Nos obligaba a remover nuestras neuronas. Pero volviendo a **Galmés**, que admiraba a Paul Valery —sigo creyendo que también tenía razón en algunas cosas— se atrevía a discutir con **José Bergamín**, lo que yo no hubiera hecho jamás. El otro queridísimo amigo discutía sobre otro tema al margen de lo literario, que dió pie para un pasaje de "Las calandrias griegas": se discutía sobre los toros, sobre la tauromaquia. Lógicamente la posición de nuestro amigo que era un poco también la nuestra rechazaba eso, y **Bergamín** dijo que no había que tener temores, que eran prejuicios. Buen sabedor **Bergamín** de la realidad que pisaba: son prejuicios batllistas. La discusión se ensarzó, sin atreverme yo a tomar partido, primero porque yo no conocía de corridas de toros, segundo porque respetaba tremendamente a **Bergamín**, y tercero porque tenía gran cariño por mi amigo que peleaba firmemente defendiendo su tesis. Entonces **Bergamín**, nos citó, en uno de aquellos encuentros frecuentes después de las clases que él dictaba en Facultad, como está consignado en "Las calandrias griegas", en la esquina de Rincón e Ituzalngó, en la vieja Kasdorf, que era una buena y tranquila confitería que muchos de ustedes recordarán. Todavía dice en el texto: "era una esquina donde se cruzaban el tiempo y la eternidad". Nos reunimos allí con **Bergamín**; él nos citó para refutaros aquella concepción contraria a las corridas de toros, de las que **Bergamín** por supuesto, como buen español, era extremadamente devoto.